

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Clase o sectores populares. Aprehendiendo al pueblo llano. Viejos y nuevos debates.

Hochbaum Erwin.

Cita:

Hochbaum Erwin (2013). *Clase o sectores populares. Aprehendiendo al pueblo llano. Viejos y nuevos debates. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/955>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 111

Título de la Mesa Temática: Por un diálogo ininterrumpido. Problemas, perspectivas y debates en torno a la práctica teórica en Historia y al vínculo entre Teoría social e Historiografía.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: López, Damián y Miliddi, Federico.

***CLASE O SECTORES POPULARES. APREHENDIENDO AL PUEBLO LLANO.
VIEJOS Y NUEVOS DEBATES.***

Juan Martín Beylis (Dto. de Historia/FFYL-UBA)

E-mail: juanmartinbeylis@gmail.com

Erwin Hochbaum (Dto. de Historia/FFYL-UBA)

E-mail: erwin.hochbaum@gmail.com

CLASE O SECTORES POPULARES. APREHENDIENDO AL PUEBLO LLANO.

VIEJOS Y NUEVOS DEBATES.

I. Introducción

Ciertos consensos en torno a la categorización del sujeto histórico en el marco de la historia social han sufrido fuertes cuestionamientos durante las últimas décadas, sin llegar por eso a resolverse en algún sentido. En concreto, el abordaje del conjunto de los individuos menos privilegiados en términos político-económicos de la sociedad, “el pueblo llano”, ha mutado de paradigma interpretativo. De la amplia difusión de términos propios de las ciencias sociales y el marxismo como “grupos sociales” y “clases sociales” hacia las décadas de 1960 y 1970 se ha pasado a una gran indeterminación respecto a qué categorías utilizar.

En el caso particular de Argentina, la historiografía local no ha sido ajena a los nuevos trayectos recorridos por los grandes centros de producción historiográfica. Contemporáneamente a la reapertura democrática de 1983 tuvo lugar una fuerte impugnación del uso de la categoría marxista de clase. No obstante, recién a fines de la década siguiente pudo pasarse de la mera puesta en entredicho a una fase de tipo propositiva, como se dio en el caso de Luis A. Romero y su propuesta categorial de “sectores populares urbanos”. En torno a esta concepción se ha desarrollado un programa de investigación que al día de hoy sigue desarrollando sus trabajos. Por otro lado, en el campo de los defensores de la categoría de clase –marxistas principalmente– hubo pocos desarrollos teóricos superadores de los límites reconocidos que mostrara aquel andamiaje conceptual para responder a viejos y nuevos interrogantes. En el presente trabajo exploraremos uno de los intentos más recientes y novedosos por actualizar los análisis de clases, a saber, la propuesta de Ezequiel Adamovsky, quien –autofiliado a la tradición marxista– habla de “clases populares”.

I. Un acercamiento historiográfico al debate

Antes de proceder al análisis de las renovadas propuestas teóricas en torno a la concepción de los sujetos sociales, consideramos preciso exponer un breve recorrido sobre los términos generales y los lineamientos principales sobre los que se desarrolló este debate historiográfico durante los últimos cincuenta años. En tal sentido, tomamos como punto de partida el posicionamiento del marxismo tradicional, cuya respuesta al

interrogante en torno al espacio dónde se constituyen los sujetos sociales recayó en el ámbito de las relaciones económicas. De esta forma el sujeto social surge eminentemente del lugar que ocupa en el esquema de relaciones sociales de producción que toman forma en un tiempo y espacio determinado. Curiosamente, esta definición tiene una raigambre más sociológica que historicista, y su éxito puede ser considerado –al menos en parte– como una herencia del pensamiento positivista. En tal dirección, esta caracterización centrada en la estructura o base económica de la sociedad permite cuantificar y objetivizar el fenómeno clasista, siendo una gran ventaja para su estudio empírico, es decir, para demostrar la existencia del mismo.

Si bien esta perspectiva implica una concepción particular del desarrollo histórico signada por la sucesión de diferentes modos de producción, corre el riesgo de tornarse esencialista al definir *a priori* los caracteres intrínsecos de las clases sociales. Esto se evidencia particularmente en la indagación en torno al proletariado, en la cual el marxismo tradicional ha visto a sus elementos característicos como constantes en el tiempo, independientes de los procesos históricos particulares. Las características, los intereses (contradictorios) y la forma de actuar de las clases sociales están (pre) definidos por el modo de producción imperante. Dentro de este esquema, la categoría de ideología es utilizada como variable explicativa de ajuste para el análisis del fenómeno de la conciencia de clase. Sí los objetivos e intereses de una clase social son susceptibles de ser definidos objetivamente –organización autónoma y revolución social– se plantea el dilema de cómo explicar el hecho de que en el análisis histórico se constaten diferentes patrones político- organizativos. Así por ejemplo las tendencias políticas reformistas son interpretadas como desviaciones ideológicas de un supuesto carácter revolucionario intrínseco de la clase obrera, es decir, como expresiones de una “falsa conciencia”.

Por otro lado, esta propuesta teórica tiende a desembocar en una restricción del objeto de estudio ciñendo el análisis al movimiento obrero organizado, entendiendo al mismo como expresión institucional de los intereses de clase del proletariado. En tal sentido se hallan en la historiografía innumerables producciones que toman como marco de análisis la actividad llevada adelante por sindicatos y federaciones obreras. Sería este espacio de organización y de reivindicación el medio de expresión privilegiado de la conciencia auténticamente proletaria, relegando a un segundo plano el estudio cualquier otro tipo posible de canalización de la misma. De esta manera a tal modelo institucional se lo asoció tradicionalmente a un modo particular de praxis reivindicativa, la huelga, de modo que se contaba así con otro patrón para medir el grado de desarrollo político de la clase y sus organizaciones. Se configuraban de esta forma los elementos típicos de lo que era y *debía ser* la clase obrera para la tradición marxista.

En el caso de la historiografía vernácula, pueden hallarse variadas expresiones del patrón apuntado. Existen numerosos ejemplos del tratamiento analítico de los trabajadores concebidos como sujeto a partir de su ubicación estructural, como en el caso del trabajo de Mónica Peralta Ramos¹ sobre los modos de acumulación entre 1930 y 1970 o del estudio pionero sobre los orígenes del peronismo –también publicado en el inicio de la década de 1970– de Murmis y Portantiero². También es posible hallar casos de investigadores que, sin adherir a preceptos teóricos marxistas, expresan su investigación sobre los trabajadores limitándose a tomar como objeto a los trabajadores organizados institucionalmente y a sus acciones huelguísticas, como se observa en el caso del investigador norteamericano Joel Horowitz, también estudioso del peronismo.³ En lo que respecta a la idea de “falsa conciencia” quizás sea más difícil encontrar ejemplos de su uso dentro de la práctica académica, siendo insignia de su expresión Milcíades Peña, quien la emplea para explicar la adscripción al proyecto político peronista por parte de la clase obrera⁴.

Ciertamente, y volviendo al plano de la historiografía internacional, desde el seno del propio marxismo existieron impulsos críticos a esta concepción⁵, básicamente enfatizando la existencia de clases como un producto de un proceso histórico específico –lo que daba lugar a la formación de una conciencia de clase particular para cada caso–. Se le critica al marxismo ortodoxo –y también al estructuralista– su vocación por generar sujetos sustancialmente iguales a sí mismos y estáticos a partir de idénticas relaciones de producción. En este sentido, Edward Thompson, sensible a las limitaciones que acarrearía tal concepción, propuso un nuevo acercamiento a la problemática de la configuración de los sujetos sociales. Efectivamente, frente a la distancias que se hacían evidentes entre el modelo marxista de comportamiento político del proletariado y la realidad, que exhibía una clase obrera no muy convincentemente revolucionaria y autónoma en sus prácticas y concepciones, Thompson contribuyó con una nueva propuesta teórica para resolver el

¹ Véase PERALTA RAMOS, M., *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

² Véase MURMIS, M. Y J. C. PORTANTIERO, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

³ HOROWITZ, J., *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004.

⁴ En tal sentido, y dando cuenta de la idea de “falsa conciencia”, Peña retoma los postulados de Gino Germani y va a sostener que la mayor parte de los trabajadores que permanecían sin sindicalizarse eran para el peronismo la posibilidad de hacer base y cooptarlos. Con esta aseveración estaría acordando con la idea de “masa en disponibilidad”. Véase PEÑA, M., *Masas, caudillos y elites*, Bs. As., Fichas, 1973.

⁵ Al respecto ver ADAMOVSKY, E., “Historia y lucha de clase: repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado (y de vuelta sobre un debate ausente en la historiografía Argentina)”, *Nuevo topo*, N° 4. Sept-oct 2007. Pp. 7- 33.

bache a partir de una revalorización del papel de la subjetividad en el proceso de conformación o reconstitución de las clases. Así el autor sostiene: “*Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia*”⁶. La experiencia y la conciencia se elevan como conceptos nodales para explicar la existencia histórica de la clase. Thompson concebía a dicha experiencia como algo determinado por las relaciones sociales de producción y asociada a la lucha de clases y al conflicto social, sin embargo para el autor no existe entre los conceptos clase, experiencia y conciencia una relación predeterminada:

“la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. (...) La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma”⁷

A la vez la conciencia de clase se torna una condición *sine qua non* para determinar la existencia de un fenómeno clasista. De lo contrario, no tiene todavía ninguna especie de entidad histórica. A partir de un juego de espejos “deformados” entre experiencia, conciencia de clase y clase social se abre un espacio para entender a esta última como una categoría histórica, no abstracta, a partir de la propia facticidad –a veces contradictoria– del fenómeno clasista.

Esta revisión de las categorías propuestas desde el marxismo se fue profundizando hacia finales de la década de 1970, pero durante las dos décadas subsiguientes cobraron gran impulso y se multiplicaron concepciones alternativas, muchas de ellas a antagónicas al materialismo histórico. Cierta paradigma se resquebrajaba y luego estallaba en

⁶ THOMPSON, E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 (1ª ed. en inglés: 1963), p. XIII

⁷ ÍBID., p. XIII-XIV.

innumerables fragmentos. El lugar ocupado en las relaciones de producción perdió su consideración como principal determinante a la hora de conformar un sujeto social en favor de otro tipo de esferas de la experiencia humana, más bien de tipo cultural y desconectada de aquellas relaciones antagónicas propias del ámbito de la producción.

Dentro de la historiografía argentina este impulso renovador tuvo su punto de partida principalmente a partir de la obra de Luis Alberto Romero y Leandro Gutierrez, junto con la de otros integrantes del grupo PEHESA⁸. Estos dos historiadores centran su análisis en las formas en que se constituyen las identidades sociales de los sujetos, en particular la de los “sectores populares” –nuestro “pueblo llano”– en la Buenos Aires de entreguerra⁹. Su concepción se aleja de la noción de clase obrera tradicional tal como la hemos definido al comienzo de nuestro trabajo en la medida en que tiene en cuenta aspectos que exceden a los determinantes netamente estructurales para pasar a incorporar nuevos elementos del ámbito de la cultura y las representaciones. Si bien los autores no niegan la posibilidad de que existan clases sociales sostienen que su presencia no puede derivarse automáticamente de los datos de la estructura productiva, de esta forma intentan poner de relieve la historicidad de las clases. Como podemos ver esta tesis está en clara sintonía con el planteo thompsoniano (al menos desde su andamiaje teórico). Más bien la constatación del fenómeno clasista implica la existencia de un conjunto de prácticas y representaciones que hacen a la identidad y acción de los actores, conjuntamente con la relación que ellos entablan con otras identidades sociales¹⁰. En este sentido el interrogante sobre la constitución de sujetos sociales particulares es definido sobre todo a partir de los aspectos subjetivos, es decir desde la percepción que tienen esos sujetos sobre la realidad y la forma de actuar derivada de ella. Este énfasis en las identidades tiene la ventaja, según los autores, de evitar el uso de categorías estáticas como la de

⁸ Programa de Estudios de Historia Económica y Social americana. Fue constituido en 1978 en el Marco del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración. Hasta 1983, los integrantes del PEHESA desarrollaron allí investigaciones individuales y colectivas, dirigieron la formación de investigadores, y organizaron grupos de trabajo y seminarios de investigación. Desde 1984, sus miembros se incorporaron a la Universidad de Buenos Aires, y repartieron sus tareas entre ambas instituciones hasta que, en 1992, propusieron a las autoridades la radicación del Programa en la Universidad de Buenos Aires.

El Programa reúne investigaciones referidas a las transformaciones sociales y culturales de la Argentina y América Latina desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, realizadas desde una perspectiva interdisciplinaria, que se ubica en el cruce de la historia social, la historia cultural, la historia económica y la historia política. Sus miembros participan en diferentes proyectos, junto con otros investigadores, y con becarios y doctorandos que realizan su formación bajo la dirección de los investigadores del PEHESA. El Programa realiza regularmente seminarios de discusión, generales o vinculados con sus proyectos de investigación. Participa de distintos Grupos de Trabajo, organizados junto con otras instituciones.

⁹ GUTIERREZ, L. Y L. A. ROMERO, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la Entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007. Es una compilación de trabajos realizados por los dos autores sobre los sectores populares publicados entre 1989 y 1995.

¹⁰ Al respecto cabe señalar, como veremos más adelante que este último aspecto se diluye en la operación historiográfica que realiza el autor.

clase obrera y poner en relieve el proceso histórico dinámico que implica la construcción de identidades sociales que se presentan variables, inestables y cambiantes. En rigor esta perspectiva no pretende soslayar un análisis estructural sino más bien integrar al análisis distintas esferas y estructuras de lo social que exceden al “mundo del trabajo”: busca impulsar el estudio de la dimensión simbólica que adquieren los distintos fenómenos sociales y su incidencia en la conformación de una cultura específica.

Esta ampliación del campo de indagación tiene su correlato teórico en la utilización de la categoría cultura –en oposición a la ideología de la teoría tradicional- entendida como un conjunto de representaciones simbólicas, valores, actitudes y opiniones heterogéneas, no necesariamente coherentes, ligadas a un proceso particular de producción, circulación y consumo de artefactos culturales en donde intervienen distintos actores. La cultura es otra dimensión de lo real, tan importante como las situaciones materiales. Está determinada en parte por el devenir del proceso histórico –y las estructuras- a la vez que lo constituye, es decir tiene un doble carácter. Según Romero sí el historiador busca explicar cómo actúan los sujetos históricos debe tener en cuenta las limitaciones impuestas por la estructura pero también debe plantearse que sus acciones son un acto derivado de la conciencia. Es en la esfera cultural donde se termina de conformar la manera de actuar de un colectivo humano. La cultura impone una forma de entender y procesar la realidad brindando un impulso operativo que permite juzgar y actuar. Dentro del proceso de conformación de la cultura¹¹ se constata la capacidad de los sujetos de seleccionar, modificar o rechazar los mensajes que recibe. Esto sitúa a la cultura dentro del plano conflictivo de la lucha por la hegemonía.

A partir de este bagaje teórico los autores se proponen el análisis de los sectores populares –esencialmente porteños- durante el periodo de entreguerra. Los autores plantean que durante las décadas de 1920 y 1930 existió un proceso de reconstitución de las identidades colectivas. En contraste con el periodo anterior (1880-1910) - caracterizado por una identidad esencialmente trabajadora, segregada y contestataria- la nueva identidad de los sectores populares se construyó en gran medida a partir de los siguientes elementos: una complejización del mercado de trabajo, que fue desgranando al conjunto compacto y homogéneo de trabajadores; la constitución de nuevas sociedades barriales, producto de una forma particular de expansión urbana¹²; y la conformación de la imagen de una sociedad abierta, consecuencia de la movilidad social que para el autor

¹¹ La cultura es entendida como un conjunto amplio de representaciones simbólicas, de valores, actitudes, opiniones, muchas veces contradictorias que son producidos en una sociedad dada. En su seno se evidencian diferentes capacidades de intervención por parte de los actores en ella (posibilidades de producción, apropiación y consumo).

¹² Los barrios son locaciones aisladas, separadas de las vecinas por amplios espacios desocupados.

que caracteriza al periodo. A partir de estos elementos las experiencias de sociabilidad barrial –que eran protagonizadas por un conjunto heterogéneo de actores de diferentes oficios y condiciones (obreros profesionales, comerciantes, docentes, etc.)- resultaron más significativas que las de la vida laboral ahora más diversificadas. En este espacio de los barrios se conforma un nuevo sujeto con instituciones propias –cafés, clubes, centros de actividades, la sociedad de fomento y el comité partidario- surgidas en un principio como respuesta a las necesidades impuestas por la condición “de frontera” de estos nuevos núcleos poblacionales pero que luego se convirtieron en una densa red en torno a la cual se organizó la sociedad local. Estas asociaciones posibilitaron el contacto entre gente diversa –una relación no determinada por la posición en la estructura productiva- que fue configurando una trama de relaciones –con jerarquías y liderazgos- y en torno a ellas prácticas, ideas y actitudes. En este contexto¹³ la nueva identidad de los sectores populares vira hacia una con un carácter esencialmente conformista y reformista, que aceptaba los rasgos básicos del orden social y político y descartaba la posibilidad de un cambio revolucionario de sus horizontes mentales reemplazandola por una concepción asociada a la posibilidad de que la sociedad pueda ser modificada, mejorada a partir de la negociación y la cooperación. Los autores destacan que es en esta identidad donde encontrará eco el mensaje político de Perón vinculado con la “justicia social”.

Más allá de la caracterización de los sectores populares propuesta en este trabajo –y en consonancia con los aspectos conceptuales que venimos tratando- cabe resaltar cuales son los caminos prácticos que utilizan estos historiadores para historizar este proceso de construcción de identidades, es decir poner de relieve la operación historiográfica que realizan. En este punto lo distintivo de este conjunto de trabajos está vinculado con las fuentes que utilizan: aquellas referidas a las sociedades de fomento, bibliotecas populares, organizaciones de la iglesia y catálogos de empresas editoras que ofrecían obras a precios bajos para intentar captar los mensajes que en ellas circulan y a partir de allí, tratar de entender la cristalización de una identidad particular en los sectores populares. Básicamente se sostiene que los mensajes que circulaban a través de estas instituciones –junto con los de otras como radio y cine- estado fueron uno de los elementos configuradores de la cultura de los sectores populares aunque esto no implica que sean asimilados inmediatamente, sin ninguna transformación ni resignificación. De hecho los autores buscan dar cuenta de la complejidad que caracteriza este proceso tomando elementos de la teoría del receptor y poniendo de relieve como estas instituciones a la vez articulan sus proyectos con las demandas de la población. Como

¹³ También caracterizado por los autores por el aumento de la capacidad de acción de estado y una galvanización de la trama de relaciones sociales.

pauta general el examen de los discursos que circulan en esta trama institucional muestra como el conflicto es subordinado a la integración (por ejemplo en el caso de las bibliotecas populares donde se expresa el interés de estos sectores populares por adquirir elementos de la cultura establecida). A la vez también se pone de manifiesto la preocupación por una reforma social, vista como posible y racional. Apuntan a una sociedad “mejor organizada”. Todo sería el reflejo de una identificación en los sectores populares menos clasista (trabajadora) y más “popular” en la medida en que englobaba distintos estratos cuyo punto en común era la pertenencia a una sociedad considerada como móvil.

Ahora bien, si desde el planteo teórico los autores se enmarcan dentro de la matriz conceptual thompsoniana, en su aplicación no se tiene en cuenta la variable del conflicto. De hecho existe un borramiento de cualquier signo de antagonismo. El universo de los sectores populares no se desarrolla en las fábricas ni en los sindicatos, sino en bibliotecas, clubs y sociedades de fomento dentro del marco general del barrio. Este último aparece prácticamente escindido del todo social: con sus habitantes políticamente aislados a partir del ciclo represivo de las décadas del '10 y del '20 y el cierre democrático de la década del '30, espacialmente aislados en la periferia de lo urbano y socialmente reclusos en instituciones propias. El hecho de que el análisis de los ámbitos laborales –y sus instituciones- sea ignorado en los estudios que componen el libro parece indicar autonomización absoluta de la dimensión cultural que incluso deja de lado las acciones de la clase dominante tendientes a generar hegemonía.

II. Nuevas propuestas teóricas e historiográficas. Ezequiel Adamovsky: “clases populares” entre 1880 y 2003.

La obra de Adamovsky puede considerarse, si nos atenemos a la autofiliación marxista del autor, otra expresión del intento de renovación del análisis de clase que se identifica en el seno mismo de la corriente marxista¹⁴. Parte de una postura más amplia,

¹⁴ Otros autores también son importantes ejemplos de la renovación dentro del marxismo a nivel local. En su obra *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Iñigo Carrera concedió gran importancia en términos metodológicos, al abordaje de la clase en su conjunto por encima de los agrupamientos institucionales sean estos sindicatos, federaciones, confederaciones o partidos. Esta consideración teórica, le permitió abordar la huelga general de enero de 1936 no como mero momento de la huelga de la construcción iniciada en octubre de 1935. El trabajo de Iñigo implicó un ataque explícito a la corriente que propone olvidar la existencia de la clase obrera y sus luchas, reemplazando su caracterización por la vaga expresión de sectores populares, no sólo en el período comprendido entre los años '20 y '30 del siglo XX. El libro de Iñigo Carrera es un alegato en contra de esta posición y sus limitaciones. Al respecto es por

que busca trascender la lectura centrada en la categorización atenta a la ubicación en la estructura productiva, y pretende llevar adelante un análisis de clase entendido como el estudio de un vínculo relacional entre dos conjuntos más bien heterogéneos, caracterizados en rasgos amplios como elites o clases dominantes y clases populares. Entendiendo que tal relación fundamental que vincula a las clases es un vínculo de dominación, antagónico, tanto en el plano económico como en el político y también en el cultural, carecería de sentido para el autor aislar el proceso productivo de la red de relaciones a la que pertenece. En ese sentido, Adamovsky concibe que las relaciones de clase se extienden mucho más allá del ámbito de la producción en la medida en que un modo de producción es también –tal vez esencialmente- un modo de organización política y un modo de control de las subjetividades. Esta óptica, proporciona una mirada más amplia para el estudio del surgimiento y el desarrollo de relaciones sociales clasistas¹⁵.

En la dirección apuntada, Adamovsky recoge y reformula una propuesta teórica del especialista holandés en historia social del trabajo Marcel van der Linden. En efecto, Adamovsky toma el concepto “trabajadores subalternos” del que rescata la consideración del vínculo antagónico con otro conjunto social como determinante de los sujetos y la heterogeneidad implícita en el conjunto de los trabajadores asalariados –incluso trabajadores bajo relaciones precapitalistas¹⁶-. Asimismo, este autor deja de lado el término “trabajadores” para hablar de “clases” ya que en su consideración así se podría *“evitar reducir la totalidad holística de la dominación de clase a su aspecto puramente económico”*¹⁷. Lo que tienen en común estos sujetos es su privación de la posibilidad de una vida social autónoma, la cual no se reduce únicamente al plano material, y además se vincula directa y antagónicamente con la capacidad de las elites de incidir sobre los múltiples aspectos de la vida de las clases populares. Afirma entonces Adamovsky que *“esta privación se organiza a través de un conjunto de condiciones de despojo y de opresión cristalizado como una estructura material e institucional de la economía, del*

demás oportuna la demostración que realiza respecto a los serios huecos que pueden aparecer al subsumir la caracterización de clase dentro de la descripción de lo que se englobaría en la categoría aparentemente más amplia y más flexible de cultura obrera. Véase IÑIGO CARRERA, N., *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, PIMSA-La Rosa Blindada, 2000.

¹⁵ ADAMOVSKY, E., op. cit., p. 13.

¹⁶ En este sentido, E. Adamovsky observa que el recorte realizado sobre el vínculo capitalista “puro” –el vínculo laboral asalariado de obrero industrial- como aspecto determinante de la clase obrera es una consecuencia directa de una visión eurocéntrica que es necesario superar en la medida en que el caso de la clase obrera europea es singular y de allí no debe desprenderse un arquetipo trasladable ahistóricamente sin más.

¹⁷ ADAMOVSKY, E., op. cit., pp. 15-16.

poder y de la ideología. Esta estructura separa una categoría social y la coloca en situación dominante respecto del todo social”¹⁸.

En suma, la categoría de “clases populares” da cuenta de la condición de subalternidad de un conjunto de individuos respecto de las elites, que históricamente han controlado el poder social, económico y político. El autor de *Historia de las clases populares en Argentina. Desde 1880 hasta 2003* refiere al término “clases” porque entiende que hay un substrato de heterogeneidad entre sus componentes y asimismo observa que no siempre actúan al unísono, sino que en varias oportunidades no consiguen sortear su fragmentación. Se desprende entonces como condición determinante de la inclusión de un conjunto de personas dentro de la categoría “clases populares” la relación subordinada respecto a las clases que tiene el poder en sus manos. Es fundamental esta perspectiva relacional a la hora de definir la pertenencia a una u otra clase. Sin embargo, reconoce el autor que, en virtud de tal lectura, “*no es fácil establecer por dónde pasa exactamente la línea que divide ambos mundos. En el medio hay todo un degradé de posiciones escalonadas*”¹⁹. Hay varios indicadores que inciden potencialmente sobre la posición de las personas en la estructura social, como la riqueza, el tipo de trabajo que desempeña (calificado versus degradado), el nivel educativo, el color de piel y la capacidad de influencia en las decisiones del Estado²⁰. Estos caracteres se desprenden del accionar de las clases dominantes para construir un orden determinado, que –en consideración del autor– obviamente excedería una estructuración material determinada, y abarcaría una organización institucional particular, y asimismo tipos específicos de formas culturales, educativas, de comportamiento, etc. Concluye en tal dirección Adamovsky que “*Las élites locales dieron pasos firmes para establecer un orden social capitalista, para aprovechar oportunidades de comercio, producción y enriquecimiento y para moldear una fuerza de trabajo predispuesta para ello. Las clases populares recibieron cada uno de esos pasos a su manera*”²¹. Esta última sentencia remarca la existencia de una praxis de resistencia, tal vez no siempre consciente, pero si constantemente presente dentro de las clases populares. Estas, que no tienen una existencia autónoma, pero que en virtud de tal condición articulan la apuntada resistencia de tal forma que contribuye a permear en la conformación de las formas socio-institucionales que adquiere la relación de dominación en el capitalismo.

¹⁸ IBÍD., p. 15.

¹⁹ ADAMOVSKY, E., *Historia de las clases populares en Argentina. Desde 1880 hasta 2003*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2012, p. 14.

²⁰ Ver de relacionar con clases medias

²¹ Ibíd., p. 15.

Ahora bien, expuesta la propuesta teórica del autor, cabría ver cómo resuelve su operatividad en el plano del análisis histórico. Evidentemente, al desmenuzar su aparato conceptual se observa que el mismo se predispone a una aplicación al estudio histórico ya que la mutación de las fuentes de poder –clave explicativa del vínculo entre clases dominantes y subalternas– tendría como consecuencia la modificación de los límites que dividen al poder de la subordinación²². Es así que, al tratar la conformación histórica del orden social capitalista en Argentina, Adamovsky se concentra en visualizar el devenir procesual de la conformación de las clases populares y se halla con que grupos que en el período de finales del siglo XIX podían considerarse como integrantes de las elites, luego serán relegados al espectro de las clases populares (aquí señala el caso de los empleados de comercio, una actividad típica de las elites coloniales). En tal proceso, de acuerdo con el autor, juega un rol protagónico la estructuración definitiva del capitalismo en el país, ya que va reduciendo a los sectores populares a un lugar de considerable falta de autonomía, es decir, van cayendo ante la avanzada de la proletarización y del encuadre bajo la autoridad del Estado. Escaparse del orden burgués capitalista ya no es una opción²³.

Adamovsky identifica un proyecto político y económico de la elite argentina, relacionado con el impulso de la economía agropecuaria a través de reformas liberales - que abren paso al desarrollo capitalista- junto con la aplicación de fórmulas políticas también liberales –aunque en principio el orden fue abiertamente conservador. Como ya señalamos, este régimen de dominación también se expresó en otros planos, como el cultural. Según el autor, esto se evidenció tanto en la obra del Estado a través del sistema educativo promoviendo ideas y valores vinculados a la nación y a su unidad, como en el operar del mercado, que expandió a través de una incipiente cultura de masas modelos y valores desde arriba –por ende no clasistas–, y a través de la selección de personal reforzó estereotipos que ponderaban algunos caracteres y desdeñaban otros (como las pieles más oscuras, por ejemplo). Y precisamente, es en este plano de la cultura donde Adamovsky entiende que se completa la pérdida de la autonomía de las clases populares de Argentina en el contexto de consolidación del capitalismo. Según el autor *“una porción cada vez*

²² Esta arista de la definición es relevada en una reseña bibliográfica de “Historia de las clases populares en Argentina”, donde el autor indica que Adamovsky *“señala que el límite en torno del cual recortar lo ‘popular’ no puede determinarse de antemano y depende de un conjunto de factores (...) ‘la posición de cada grupo’ en el ‘escalonamiento social’ depende de variables como la riqueza, el tipo de trabajo, el nivel educativo, el color o la capacidad de influir en las decisiones del Estado”*. Ver POY, L., “Comentario bibliográfico: Adamovsky, Ezequiel: Historia de las clases populares en Argentina. Desde 1880 hasta 2003”, en *Rey Desnudo*, Año I, No. 1, Primavera 2012. ISSN: 2314-1204.

²³ Dice Adamovsky: *“La desigualdad no fue tan solo económica. También la creación del Estado centralizado implicó otra forma de pérdida de autonomía para las clases bajas. Subordinación e indefensión de las clases populares. También las mujeres se vieron más subyugadas”*. ADAMOVSKY, E., *Historia de las clases populares...*, p. 45.

más grande de la cultura popular se fue transformando e integrando en una cultura de masas elaborada y transmitida por empresas mediáticas y del entretenimiento”²⁴.

Entonces, una vez determinadas las fuerzas que convergen para darle un cuerpo determinado a las “clases populares”, y asimismo muchas de las características que adquiere, Adamovsky procede en su obra a repasar justamente estas últimas, señalando su carácter histórico. Varios fenómenos del mundo popular son examinados por el autor, describiendo algunas prácticas usuales, tal como sucedía en el primer cuarto del siglo XX con la afición por el tango y el fútbol, fenómenos culturales masivos que promueven determinadas concepciones y perspectivas de vida. La idea de la posibilidad de movilidad y ascenso social en un mundo atomizado en individuos consumidores se hace aquí presente para el autor, atentando así contra los ideales clasistas que fueron el núcleo de la identidad de las clases populares hasta fines de la segunda década del siglo XX. Por tanto, la constitución de un sujeto más bien cohesionado que posibilita el impulso profundo de la proletarización se ve obstaculizada en el plano cultural, hecho que tiene algunas reminiscencias al planteo de Luis Alberto Romero. Aun así, la obra de Adamovsky parece resolverse por el camino de los estudios tradicionales sobre la “clase obrera”, los cuales se atenían más bien a indagar la conformación de un movimiento obrero a partir de instituciones previas (mutuales, por ejemplo), y también de sus corrientes ideológico-políticas internas (anarquismo, socialismo, sindicalismo y comunismo). De tal modo, la propuesta categorial de “clases populares” ve diluir su promisorio potencial innovador, recayendo al aplicarse en el estudio histórico hasta asimilarse prácticamente a los tradicionales estudios de las organizaciones obreras, focalizándose típicamente en los momentos huelguísticos, en las relaciones con el Estado y en las políticas de las cúpulas de los sindicatos y las centrales obreras.

No obstante lo dicho, hay que rescatar el uso que Adamovsky hace de su propuesta de definición del fenómeno de clase como producto de una relación social antagónica, cuestión que no se pierde en su investigación histórica. Asimismo, tampoco soslaya la concepción del espacio de las “clases populares” como una construcción que es modelada por el accionar coercitivo de las elites, pero que asimismo su forma se deriva secundariamente de la praxis de resistencia de aquellas –aquí también podemos observar reminiscencias con el planteo de Romero y Gutierrez. Esto se evidencia por ejemplo en el tratamiento que Adamovsky hace del nacionalismo como herramienta de la elite para homogeneizar a las “clases populares”, a la vez que para diluir lealtades a identidades de tipo radical, como el clasismo de entre-siglos –entendida en términos de la época como

²⁴ *Ibíd.*, p. 133.

“la cuestión social”. Dice el autor sobre el nacionalismo: *“Los intelectuales liberales y de derecha que comenzaron a difundirlo esperaban generar con él un mayor apego al orden tradicional. Pero también sufrió modificaciones al combinarse con algunos elementos propios de la cultura plebeya”*²⁵. Es decir, el pueblo llano hacía una recepción particular del nacionalismo, ajena a las intenciones de la elite, y se concebía a si mismo como defensor verdadero de los intereses nacionales. Resulta así imposible dejar de observar el elemento de resistencia de las clases populares a ser encuadrados de una manera específica, hecho que Adamovsky ilustra con claridad.

A modo de balance.

En el trabajo de Adamovsky se presenta como fundamental la utilización de una categoría más bien amplia y flexible, “clases populares”, la cual toma como punto de partida el ordenamiento de las relaciones sociales en la estructura económica, a la vez que se refuerza en otros planos. Una vez instaurado y asentado el régimen de dominación de una clase sobre otra, el plano fundamental de este dominio sería más bien difícil de elucidar (lo económico, lo político, lo cultural) en la medida en esotos se interrelacionan y se refuerzan mutuamente. Esta nueva propuesta teórica permite la inclusión dinámica de elementos sociales diversos dentro de la categoría “clases populares” de una manera más armónica y menos forzada que el caso del concepto “clase obrera”, que en definitiva recorta un tipo particular de sujeto bajo un tipo acotado y específico de relación económica –en general, en el estudio historiográfico, resultó ser el obrero industrial, aglutinado en grandes unidades productivas y organizado institucionalmente.

Aun así, la aplicación de tal categoría en el análisis historiográfico que realiza el autor no resulta completamente distintiva, sino que se conjuga con pasajes descriptivos de corte tradicional, es decir, de focalización en las instituciones estrictamente obreras (sindicatos, confederaciones y partidos) y en los métodos de lucha principales (huelgas, paros, manifestaciones). En suma, en el plano estrictamente historiográfico, la mirada aparentemente renovadora que viene a postular Adamovsky resulta más bien deudora de una historia tradicional de la clase obrera en general y del movimiento obrero en particular. Si bien esto puede ser entendido como una limitación al impulso renovador es necesario señalar que otros trabajos como el de Romero desconocen de una forma inadmisibile el estudio del ámbito laboral, negando también el acervo alcanzado gracias al trabajo de los historiadores precedentes –incluyendo aquí a los “historiadores

²⁵ *Ibíd.*, p. 148.

militantes”. El análisis cultural propuesto por Romero y Gutiérrez, descentrado totalmente del mundo del trabajo, no puede explicar, entre otras tantas cosas, una serie de hechos concretos vinculado con las formas de organización de los trabajadores durante periodo de entreguerras que a posteriori tendrán una importancia fundamental para entender al peronismo.

En cambio, en el análisis de Adamovsky es destacable la particular articulación que adquiere el plano cultural en la relación de dominación, o sea, en la conformación de los sujetos. Y si bien parecería hallarse cierta sintonía con los planteos de Romero y Gutierrez el tratamiento propuesto por cada autor es desigual. Principalmente por el lugar que se le asigna al conflicto como variable determinante. Romero sesga su análisis al barrio como un lugar aislado donde se pierde de vista el conflicto –ausencia de las elites y sus prácticas hegemónicas. En tal sentido, Adamovsky no deja de señalar las tendencias existentes que apuntan a diluir una identidad clasista-revolucionaria de las “clases populares” y transformarla en una de tipo más bien reformista y formada en valores e ideas nacionales. En su estudio sobre la clase media²⁶, el autor destaca las estrategias de las clases dominantes tendientes a construir nuevas jerarquías sociales que apuntan a desgranar al universo compacto de trabajadores. En suma, mientras para este autor las identidades de los menos privilegiados se conforman a partir de la recepción y la respuesta a las fuerzas políticas, culturales y económicas impulsadas desde las elites, en Romero hay una mayor autonomización del plano cultural en donde se termina diluyendo la existencia de la acción por parte de las clases económicamente dominantes.

Por último, quisiéramos valorar al autor el esfuerzo de renovación teórica y práctica atenta a las complejidades que presenta la categorización de un conjunto muy amplio y heterogéneo dentro de la sociedad, “el pueblo llano”, que fueran señaladas en los debates en torno a la noción de clase social acaecidos durante los últimos cuarenta años. Resulta indispensable, creemos, considerar las discusiones, planteos y reformulaciones que tienen lugar en la historiografía, y no esquivar el debate refugi

²⁶ ADAMOVSKY, E., Historia de la clase media argentina, Buenos Aires, Planeta, 2009.